



VOL: AÑO 10, NUMERO 28

FECHA: MAYO-AGOSTO 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES II

TITULO: **Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas**

AUTOR: *Charles Tilly* [\*]

TRADUCTOR: Alan Hynds, Rosario May.

SECCION: Artículos

## RESUMEN:

Un movimiento social no es un grupo, un casi grupo o compuesto parecido a un grupo, sino semejante a una compleja forma de acción. Tampoco es una entidad que experimente una historia natural en el mismo sentido que los individuos, las organizaciones e incluso las creencias, que tienen historias naturales autorreproductivas a través de las cuales florecen, cambian y desaparecen. Pero esto no significa que los movimientos sociales carezcan de historias coherentes.

## ABSTRACT:

Social Movements as Historically Specific Groups of Political Performances

A social movement is neither a group nor a quasi group or a compound similar to a group, but a complex way of action. It is not an entity either, that experiences a natural history in the same sense as individuals, organizations or even beliefs might, with a self-reproductive natural history by which they flourish, change and disappear. But this does not mean that social movements lack a coherent history.

## TEXTO

El derrumbe de la Unión Soviética y las subsiguientes discusiones sobre la democratización de Europa Oriental han despertado la esperanza de que los movimientos sociales puedan desempeñar un papel predominante en la reconstrucción democrática de esa región. Si bien la idea tiene muchas variantes, en general ésta puede ilustrarse más o menos como sigue:

## Imagen

Algunos autores también trazarían una flecha causal directamente de los movimientos sociales a la democracia, basados en que los movimientos proporcionan modelos de práctica democrática, experiencia en la democracia directa y programas de democratización. Por otra parte, muchos autores toman como modelo no los movimientos sociales "viejos" de los trabajadores organizados o los que luchan por programas sociales de bienestar, con su supuesto enfoque en el interés propio y en el poder estatal, sino los movimientos sociales "nuevos" que luchan por la paz, el medio ambiente y la preferencia sexual, con su supuesto enfoque en la autonomía, la identidad y la democracia autogestionada. De acuerdo con este renovado entusiasmo, muchos analistas políticos

ahora catalogan los movimientos sociales, reconstruyen las historias de movimientos particulares, o escriben fórmulas para la democratización vía la organización de nuevos movimientos sociales (Boggs, 1986, Cohen y Arato, 1992, Fuentes y Frank, 1989, Sedaitis y Butterfield, 1991).

En un contexto diferente al presente, se recusaría esta línea de argumentación con la respuesta ritual del historiador: "depende"; el que este ciclo benigno o alguna otra secuencia causal realmente se dé, depende de cuál movimiento dentro de cuál contexto; la toma del poder por parte de los nazis, a fin de cuentas, resultó, al menos en parte, de un vasto movimiento social. El que los movimientos que defienden la paz, el medio ambiente y la preferencia sexual parezcan ser una nueva especie, o más de lo mismo, también depende de cuáles características seleccionemos. No obstante, aquí queremos aprovechar el foco de atención proporcionado por el renovado interés en los movimientos sociales, a fin de situarlos en una perspectiva conceptual, teórica e histórica. Como es propio de un ejercicio pionero de esta índole, la presente discusión ofrece muchas aseveraciones y pocas pruebas. En ella, recurrimos especialmente a estudios sobre las formas cambiantes de la acción colectiva y popular en Europa occidental, notablemente la de Francia y Gran Bretaña. Ilustro mis tesis casi exclusivamente a partir de la Gran Bretaña de entre 1750 y 1840, que es el enfoque de la investigación que realizo actualmente. El presente trabajo es susceptible de errar en la medida que, 1) se haya malinterpretado la experiencia de Europa occidental y 2) los movimientos sociales y la acción colectiva popular hayan seguido trayectorias diferentes en otras partes.

Se ha suscitado una inmensa confusión en los tratamientos sociológicos de los movimientos sociales, debido a dos suposiciones erróneas fincadas en el mismo fenómeno. La primera suposición alega que el movimiento social es un grupo, aunque un grupo de tipo peculiar, y no una agrupación de actuaciones. La segunda suposición pretende que los movimientos sociales tienen historias vitales continuas, de modo que uno puede conceptualizarlos en el sentido de que se forman, florecen, evolucionan y perecen en secuencias que se reproducen de un movimiento a otro, debido a su dinámica interna e intrínseca.

La obra clásica de Rudolf Heberle, *Social Movements* (1951), es parcialmente responsable de la concepción sociológica generalizada de los movimientos sociales como tipos peculiares de grupos. Podemos percibir la inquietud de Heberle en el pasaje crucial que arranca al movimiento social del proceso interactivo, para clasificarlo como un cuasi grupo.

Estos son grupos de estructura peculiar y que no son fáciles de discernir. Si bien comprenden entre sus miembros a ciertos grupos que están formalmente organizados, los movimientos, en sí, no son grupos organizados. En cambio son, por regla general, lo suficientemente grandes como para continuar existiendo, incluso si se da un cambio en la composición de la membresía. A tales grupos les llamaremos "colectividades sociales" (Tönnies). Por consiguiente, los movimientos sociales se definen conceptualmente como un tipo de colectividad social. Esta definición puede causar dificultades para aquéllos que están acostumbrados a pensar en los movimientos en la vida social como procesos y no como grupos (Heberle, 1951:8; véase también Heberle y Gusfield, 1968).

Muy acertado: el propio análisis de Heberle vaciló entre esta definición lóbrega y un sentido claro de los movimientos sociales como retos relacionados entre sí.

Escribiendo unos doce años más tarde, Neil Smelser colocó de manera similar a los movimientos sociales en el linde entre las acciones y los grupos; a sus formas de nivel inferior de conducta colectiva, las calificaba como pánico, manía y arrebatos hostil,

mientras que a sus formas superiores las calificaba como movimiento orientado a las normas, por un lado, y movimiento orientado a los valores, por el otro. Smelser definió a los movimientos en términos de sus desafíos a las normas y a los valores establecidos, pero a continuación les imputó un carácter marcadamente grupal. En referencia a los movimientos orientados a los valores, por ejemplo, escribió:

No debemos perder de vista el hecho de que cualquiera que sea el origen de un movimiento orientado a los valores -ya sea una secta, un experimento comunitario, un partido político revolucionario- éste debe adaptarse a las exigencias prácticas y organizativas. En los experimentos comunitarios de principios del siglo XIX en los Estados Unidos, la persistencia o falta de persistencia dependía de cuán eficazmente estas comunidades se adaptaban a las exigencias de la gestión económica, de la normatividad política, del reclutamiento y de la educación de los jóvenes.

En el ámbito político, un movimiento revolucionario que toma el poder debe pasar por un proceso similar de rutinización. Debido a que ahora es responsable de la integración política de una sociedad -y no del derrocamiento de un sistema político- se le debe acomodar a una multitud de exigencias (Smelser, 1963:361).

¿En el pasaje anterior, qué es lo que se adapta? No es una creencia colectiva ni un intento de cambiar la vida social, sino algún conjunto de personas.

Incluso Ron Eyerman y Andrew Jamison, no obstante su loable enfoque sobre la "praxis cognoscitiva", terminan hablando como si las cogniciones pertenecieran a otra cosa -a alguna entidad grupal- en lugar de constituir el movimiento. "En sus primeras etapas", nos dicen,

un movimiento social en ciernes debe constituirse a través de medios más o menos tradicionales de movilización, creando sus propias organizaciones y sus propias redes, a fin de crear una sensación de colectividad y para asegurar su continuidad en un tiempo y lugar determinados. Aquí el papel articulador del intelectual clásico de movimiento y el papel de facilitador de información de la variante moderna de dicho movimiento, son centrales. Al movilizar una sensación de voluntad colectiva, así como al articular necesidades sentidas, el intelectual clásico de movimiento tematiza a través de discursos, volantes, artículos y libros, los rudimentos de una nueva identidad colectiva. Lo que es medular a este proceso de autoformación es la constitución de un Otro, contra el que el movimiento en ciernes interactuará (Eyerman y Jamison, 1991:101).

El actor, en este pasaje, hasta donde lo puedo distinguir, no es la praxis cognoscitiva, sino un conjunto de personas. Por más que lo intentan, a los teóricos de los movimientos sociales se les dificulta evitar el "habla grupal".

Un movimiento social no es un grupo, un cuasi grupo, ni un compuesto parecido a un grupo, sino una forma compleja de acción. En su lógica, un movimiento social es paralelo a una danza coreografiada con poco rigor, a un desayuno para recaudar fondos, a una reunión de costura, a un debate de esquina, a un concierto improvisado con músicos que cambian, a una "cáscara" de baloncesto, o a un festival en el que se invita a personas de toda la ciudad; todos estos fenómenos tienen estructuras e historias bien definidas, pero ninguno de ellos es, ipso facto, un grupo, o tan siquiera la acción de un solo grupo. Los movimientos sociales llegaron a ser los medios comunes de acción política estrechamente en conjunto con otras dos actuaciones complejas que tampoco eran grupos: las campañas electorales y la política de grupos con intereses especiales. Los movimientos sociales, las campañas electorales y la política de grupos con intereses especiales comúnmente dependen en buena medida de grupos existentes o creados -asociaciones

de voluntarios, partidos, comités, federaciones y frentes, entre otros; además, algunos grupos se especializan en promover a los movimientos sociales- tanto así que Mayer Zald y sus asociados han hecho que el estudio de las Organizaciones de Movimiento Social (OMS) sea medular a los análisis contemporáneos de los movimientos sociales. Pero las OMS no constituyen movimientos sociales en mayor medida que lo que las escuelas de música constituyen el mundo de la música clásica, o lo que las galerías constituyen el mundo de la pintura.

Los movimientos sociales tampoco experimentan historias naturales en el mismo sentido en que los individuos, las organizaciones, e incluso las creencias tienen historias naturales autorreproductoras a través de las cuales se forman, florecen, cambian y desaparecen (el que esas historias naturales, tal como normalmente se entienden -por ejemplo, en la pretendida historia del movimiento por la paz- sean en gran medida ficticias, es un asunto aparte; por lo menos tiene sentido lógico imputarles continuidad). La mayor parte de las descripciones de los movimientos sociales, especialmente aquéllas escritas por los defensores de los mismos, sugieren que estos movimientos se parecen a los dragones, que viven continuamente en alguna parte de la clandestinidad social, si bien surgen recurrentemente de sus laberintos para andar rugiendo. Esa idea se deriva de varias características comunes que tienen los movimientos sociales desde 1800: su agrupación en el tiempo y el espacio, la afirmación deliberada por parte de sus dirigentes de tener vínculos con desafíos anteriores con respecto a cuestiones y poblaciones similares, así como el hecho de que recluten a su personal de manera desproporcionada de ámbitos en los que la gente mantiene vínculos fuertes que no están relacionados con los desafíos que constituyen el movimiento social. De hecho, los movimientos sociales no pueden tener historias naturales que se autoperpetúen, porque consisten en interacciones intermitentes entre quienes desafían, quienes detentan el poder, los públicos y, frecuentemente, entre muchos otros actores, tales como rivales, enemigos, fuerzas represivas, reporteros y oportunistas.

Esto no significa en absoluto que los movimientos sociales carezcan de historias coherentes. Muchas formas de interacción estratégica, desde los partidos de ajedrez hasta las guerras, tienen historias acumulativas, explicables, que surgen a partir de limitaciones durables de la interacción, y que modifican de manera creciente las distribuciones de recursos, las acumulaciones de ventajas o desventajas, las alteraciones de entendimientos compartidos y las entradas y salidas de los actores. En la medida en que un conjunto relativamente entrelazado de empresarios de política coordina una campaña de movilización y acción colectiva, consistentemente divulga un programa e influye en las prácticas cotidianas de partidarios, observadores, autoridades, rivales o enemigos; la historia se vuelve más coherente. De manera similar, en la medida en que quienes detentan el poder o terceros se anticipan, definen y reaccionan a las series de retos, tratándolas como manifestaciones sucesivas del mismo fenómeno, las series adquieren coherencia. No obstante ello, permítanme insistir: la coherencia corresponde a las guerras, no a las vidas individuales. La experiencia de un solo soldado o de un solo ejército nunca agota la historia de una guerra. De acuerdo con la naturaleza del fenómeno no la puede agotar.

En su forma más general, un movimiento social consiste en un reto público ininterrumpido, librado contra los que detentan el poder a nombre de una población desfavorecida que vive bajo la jurisdicción de aquellas personas que detentan el poder. Un movimiento social personifica la interacción contenciosa; implica la formulación de reclamaciones mutuas entre quienes retan y quienes detentan el poder. Por otra parte, la formulación de reclamaciones frecuentemente involucra a terceros: a otras personas que detentan el poder: fuerzas represivas, rivales, aliados, ciudadanos en general. Definidos de este modo, los movimientos sociales incluyen una amplia gama de eventos históricos, desde

las rebeliones judías contra los amos egipcios, hasta la resistencia de asiáticos amenazados por la conquista europea. Esta definición muy general tiene, no obstante, un defecto debilitante: hasta ahora, ningún estudioso de los movimientos sociales a este nivel ha formulado generalización válida alguna con respecto de ellos, que no esté implícita en la misma definición; existen razones para dudar de que la clase entera de acontecimientos constituya un fenómeno social coherente acerca del cual sea posible, en principio, generalizar.

Por otra parte, un movimiento social, en su forma particular, consiste en un reto ininterrumpido contra los que detentan el poder estatal establecido, a nombre de una población desfavorecida que vive bajo la jurisdicción de personas que detentan el poder, mediante exhibiciones públicas repetidas de la magnitud, determinación, unidad y mérito de esa población. Al menos en sus versiones europeas de los siglos XIX y XX, esas exhibiciones incluyen la creación de asociaciones con fines especiales, el cabildeo a funcionarios, mítines públicos, manifestaciones, marchas, pliegos petitorios, panfletos, declaraciones a los medios masivos, así como la fijación o el uso de letreros de identificación y la adopción de consignas distintivas; si bien su peso relativo ha variado de manera considerable de un movimiento u otro, estos elementos han coexistido desde principios del siglo XIX. Y todavía se puede argumentar que algunas luchas anteriores -por ejemplo, las fases de abajo hacia arriba de la Reforma Protestante- son movimientos sociales que pertenecen a esta categoría. Sin embargo, de acuerdo con esta definición, la enorme mayoría de los movimientos sociales del mundo se han dado más o menos en el último siglo, principalmente dentro de politeías que incorporan instituciones representativas relativamente efectivas. A pesar de la variación y del cambio considerables en sus formas, programas y bases sociales, los movimientos sociales, definidos de esta manera, constituyen un fenómeno social coherente acerca del cual los investigadores tienen alguna esperanza de generalizar.

Vistos como formas distintivas y específicas de acción social en una perspectiva larga de la historia política, los movimientos sociales son unos recién llegados. En tanto que agrupación de prácticas políticas estándar disponibles para una amplia gama de actores, el movimiento social nace hace menos de dos siglos. Hace su aparición en conjunto con los Estados consolidados, el nacionalismo, la política electoral de masas, la conscripción militar generalizada, la vigilancia policíaca proactiva y las asociaciones que se organizan en torno a intereses especiales. Se alimenta de autoridades relativamente centralizadas y efectivas, especialmente de las autoridades estatales, que pueden responder vigorosa, visible y viablemente a demandas y quejas articuladas públicamente.

Al igual que lo podemos hacer con muchas formas de contienda colectiva, es posible comparar los movimientos sociales a múltiples niveles:

1. La acción o interacción individual, por ejemplo, la exhibición de una pancarta rotulada o la firma de un pliego petitorio.
2. La secuencia de acciones o interacciones que conforman una actuación distinguible, por ejemplo, una manifestación o una declaración a periodistas.
3. La agrupación de actuaciones que constituye una campaña particular, por ejemplo, todas las reuniones, procesiones, apariciones en público, discursos, respuestas y otras actuaciones que se dieron (en 1820-21) en apoyo de la demanda, con respaldo del público, por parte de Carolina de Brunswick para llegar a ser reina de Inglaterra cuando subió al trono su esposo separado, Jorge IV.

4. El conjunto de campañas -pasadas, presentes, y futuras- que los activistas incorporan en su narrativa compartida del movimiento en un momento dado, por ejemplo, las historias rivales de las demandas obreras a favor de sus derechos, ofrecidas por Francis Place y William Cobbett, durante la campaña reformista de 1830-1832.

5. El repertorio de todos los medios contenciosos disponibles a quienes hacen peticiones en un momento dado, independientemente de si realmente éstos se presentan en los movimientos sociales; para los aldeanos del sur de Inglaterra en la década de 1760, por ejemplo, estos medios incluyeron el decomiso de granos acaparados, la invasión de campos cercados, una gama de acciones burlonas conocidas colectivamente como rough music (música ruda), la gama de castigos humillantes para los trabajadores renegados, conocidos colectivamente como donkeying ["asnear"], y así sucesivamente, hasta el final de una lista muy larga.

6. La serie de todos los repertorios que alguna vez han estado disponibles dentro de límites determinados en el tiempo y el espacio, por ejemplo, todos los repertorios que prevalecieron en cualquier parte de Gran Bretaña en cualquier momento, entre 1760 y 1830.

El punto 4 rompe con el continuum de la generalidad, ya que las narrativas de los movimientos sociales algunas veces pretenden abarcar la totalidad de la historia humana, vista como la historia de la liberación o la opresión. No obstante, tales narrativas normalmente involucran teleologías que las vinculan irrevocablemente al presente: el momento actual, en la interpretación de estas narrativas, concluye un proceso direccional larguísimo.

Cada uno de estos niveles se privilegia en algunos análisis de los movimientos sociales. Si deseamos distinguir entre las estrategias de los movimientos en competencia, por ejemplo, normalmente tendremos que trabajar principalmente en los niveles 1 y 2, notando las diferencias en las acciones y las actuaciones individuales que prevalecen dentro de cada uno de ellos. En cambio, si queremos caracterizar a países o épocas enteras, podremos hacer poco más que concentrarnos en los niveles 5 y 6. Gran parte de mi propia investigación conecta los niveles 1 y 2 -las acciones, interacciones y actuaciones individuales- con los niveles 5 y 6, los repertorios y las series de repertorios; en ella examino cómo las innovaciones en pequeña escala se acumulan para formar una alteración en gran escala de los medios esgrimidos para llevar a cabo una contienda, y cómo los repertorios existentes limitan las contiendas colectivas. Sin embargo, aquí me dirijo sobre todo al nivel 3, el de la agrupación de actuaciones que constituyen una campaña. Debido a que el surgimiento de una agrupación nueva -y hasta entonces inaceptable- de actuaciones, marcó la aparición definitiva del movimiento social como un medio disponible para contender.

En el caso crucial que es Gran Bretaña, podemos remontarnos a la creación y al establecimiento de los movimientos sociales como un medio estándar de formular demandas a escala nacional entre la década de 1760 y la década de 1820. A partir de 1760, cuando los partidarios de John Wilkes se reunían y marchaban para insistir en el derecho de su héroe a entrar al Parlamento y difundir sus críticas a la Corona, únicamente un enérgico acto presagista nos permitiría reconocer los lineamientos de un movimiento social en cualquier parte de Gran Bretaña; no se conocían los mítines públicos convocados de manera autónoma, las manifestaciones planeadas, las asociaciones de membresía masiva y las campañas nacionales para formular pliegos petitorios. Lo que es más, las autoridades perseguían las aproximaciones más cercanas a estas acciones cuando ocurrían. A pesar de la resistencia a las exigencias reales y del apoyo para Wilkes como símbolo de la oposición al gobierno arbitrario que en ese momento se estaban

generalizando en las colonias americanas, Benjamín Franklin, quien vivía en Londres en calidad de portavoz americano, opinó que tanto el fondo como la forma de las actuaciones claramente innovadoras de Wilkes eran escandalosas (Franklin, 1972: 98-129).

Por otra parte, para la década de 1820, los activistas antiesclavistas, los partidarios del reclamo de la reina de subir al trono británico, los defensores de los derechos políticos de los católicos, los promotores de reformas parlamentarias, así como muchas otras personas involucradas en política, libraban, de manera deliberada, retos ininterrumpidos ante las autoridades estatales establecidas a nombre de las poblaciones desfavorecidas que vivían bajo la jurisdicción de aquellos detentadores de poder -mediante exhibiciones públicas de la magnitud, la determinación, la unidad, y el mérito de su población-. Se organizaban reuniones multitudinarias, asociaciones de membresía masiva, coaliciones intergrupales, marchas, campañas para formular pliegos petitorios, declaraciones públicas, cobertura periodística, cabildeo, confrontaciones y consultas privadas con personas poderosas para instar al Parlamento y a la Corona a adoptar sus programas. Para la década de 1820, el movimiento social había aparecido como una estrategia estándar de acción colectiva en Gran Bretaña.

La coincidencia entre los activistas y los pretendidos beneficiarios variaba enormemente; muy pocos esclavos o viudas hindúes se unieron a las campañas británicas en favor de la abolición de la esclavitud o de la inmoliación de viudas, mientras que las campañas a favor de los derechos de los trabajadores recurrían abrumadoramente a los mismos trabajadores. Pero, sea como fuere, la labor de los movimientos sociales consistía en exhibir la magnitud, la determinación, la unidad y el mérito tanto de los partidarios como de los pretendidos beneficiarios. Por otra parte, en cualquiera de los dos casos, los especialistas de los movimientos sociales desempeñaron un papel crucial. Ya para la década de 1820, empresarios de la política como William Cobbett, Francis Place y Henry Hunt se aliaban, luchaban, se comunicaban y competían por el apoyo público, pues sus vidas estaban organizadas en buena medida en torno a la promoción y al control de la actividad de los movimientos sociales.

Entre los años 1760 y 1820, los empresarios de la política, activistas, funcionarios, terratenientes, trabajadores y periodistas británicos se esforzaban para resolver asuntos tales como la reforma parlamentaria en una serie de confrontaciones de la cual el movimiento social surgió como producto secundario -un resultado de incesantes maniobras, contragolpes, invenciones, esfuerzos represivos, convenios, y componendas-. Las autoridades británicas del siglo XVIII generalmente se resistían, por ejemplo, a la formación de asociaciones de membresía masiva explícitamente dedicadas a fines políticos, debido a que estas asociaciones usurpaban las prerrogativas del Parlamento. En la década de 1790, durante las grandes guerras francesas y los desafíos revolucionarios en Irlanda, el gobierno, efectivamente, reprimió una amplia gama de asociaciones con orientación política. Sin embargo, desde la Asociación de Partidarios de la Declaración de Derechos de John Wilkes, hasta la Asociación Católica de Daniel O'Connell, hubo una serie larga e irregular de innovaciones organizativas impugnadas que abrieron un espacio para tales asociaciones que no existía anteriormente. Se puede hacer un seguimiento de historias similares de la lucha por el mítin público, la marcha multitudinaria, la campaña nacional para formular pliegos petitorios y de todos los demás instrumentos de los activistas de movimientos sociales.

A nivel de dos siglos parecen ser menores las innovaciones subsiguientes en las formas (en contraposición a los contextos y objetivos políticos) de los movimientos sociales. Aparecieron los letrados escritos y los activistas agregaron versiones de la huelga, del boicot y de la ocupación del espacio público a sus repertorios; la publicidad cambió de manera significativa con las alteraciones en los medios masivos; los recaudadores de

fondos y los publicistas a sueldo, con el paso del tiempo, crearon carreras para ellos mismos en movimientos sociales; no obstante, la configuración básica permaneció relativamente constante. No debemos confundir la variación normal o la experimentación a corto plazo con la transformación a largo plazo; desde muy temprano, por ejemplo, algunos activistas de movimientos sociales (me viene a la mente Robert Owen) intentaron construir comunidades enteras a través de la superación personal en lugar de concentrarse en recibir concesiones del gobierno, mientras que otros (Sir Francis Burdett me viene a la mente) subordinaron la actividad de los movimientos sociales a intentos mucho más generales de ejercer influencia en los asuntos nacionales. El gran cambio se dio en la misma creación del movimiento social como un medio estándar de librar las contiendas.

¿Por qué ocurrió el cambio? Toda la historia redonda en un análisis de la historia política británica durante medio siglo. Sin embargo, si esquematizamos, podemos dividir la historia en dos partes: la externa y la interna. Externamente, un conjunto de transformaciones estructurales en el que la acción colectiva popular no desempeñó más que un papel reducido, alteró la viabilidad de las diferentes formas de plantear demandas: la expansión del Estado, la cada vez mayor centralidad del Parlamento frente a los que detentaban el poder regional, así como a la Corona, la proletarización de la población en general y la concentración creciente del capital (todas las cuales resultaron en alguna medida de las grandes guerras en las que participó Gran Bretaña entre la década de 1750 y 1815) redujeron la efectividad de muchas formas establecidas de plantear demandas (por ejemplo, las peticiones humildes a los patrones locales y los ataques físicos directos contra los infractores de la moralidad pública), al mismo tiempo que creaban oportunidades para las nuevas formas de influencia en la toma de decisiones nacionales.

Internamente, la acción colectiva popular produjo su propia historia a través de innovaciones y convenios acumulativos durante el transcurso de luchas con las autoridades, con sus rivales y con sus enemigos. Estas luchas no tan sólo plasmaron el movimiento social, sino que también ampliaron la participación de los no votantes en las campañas electorales, fomentaron los intentos de crear antiparlamentos o paraparlamentos como la Convención Nacional, que era promovida por los admiradores de la Revolución Francesa, y estimularon innovaciones desafortunadas como las múltiples marchas insurreccionales de 1816 a 1820. Desde luego, no es necesario que los procesos acumulativos sean lineales; la linealidad desaparece que se presentó en la historia de la acción colectiva popular resultó no de alguna lógica o visión inmanente a los adelantos políticos, sino de la transformación relativamente unidireccional de las amenazas y de las oportunidades, del Estado y del capital, bajo la influencia de la guerra y de la expansión industrial.

Resulta tentador, pero erróneo, invocar explicaciones basadas en la eficiencia general o en la modernización: que el movimiento social haya hecho a un lado las formas anteriores de contender porque era inherentemente más eficiente, o porque la escala y complejidad cada vez mayor de la vida social de alguna forma hayan hecho que esto fuera inevitable. Dentro de sus contextos, la música ruda y otras formas afines de acción cumplieron con su deber de avergonzar y disciplinar con una gran economía de medios. Dentro de su propio contexto, el movimiento social ofreció un conjunto de acciones que funcionaban lo suficientemente bien como para sobrevivir, mas no para un objetivo ulterior. En comparación con sus antecesores del siglo XVIII, tal vez la característica más distintiva del movimiento social haya sido su adaptabilidad a una amplia gama de entornos, poblaciones y programas. Las acciones que se dieron dentro del repertorio del siglo XVIII se diferenciaban enormemente de acuerdo con la labor en cuestión y con el entorno; se asneaba a un tejedor que trabajaba por menos que la tarifa establecida localmente; se daba música ruda a un hombre que golpeaba a su mujer, se arruinaba la casa de un



panadero sin escrúpulos y las rutinas exactas para llevar a cabo cada una de estas venganzas variaban de región en región. Los británicos del siglo XIX tenían muchísimas menos opciones, pero las aplicaban a una gama mucho más amplia de problemas. Decidir cuál repertorio era más "eficiente" o "moderno", suscita muchas preguntas del mismo tipo que las que se plantean en el debate con respecto al surgimiento, en los siglos XIX y XX, de la sociedad anónima, en comparación con los talleres pequeños, flexibles y especializados en faenas particulares; las respuestas no son obvias (Chandler, 1990 y 1992; Hirst y Zeitlin, 1991; Sabel y Zeitlin, 1985).

Hay otra cuestión significativa que permanece sin resolver: ¿en qué medida inventaron los británicos el movimiento social como una forma política particular y lo difundieron a otros países occidentales? En cambio, ¿en qué medida se conformó el movimiento social de manera independiente en un país tras otro como consecuencia predecible de las elecciones nacionales obligatorias, de las instituciones representativas fuertes y de un Estado intervencionista? Indudablemente, hubo alguna medida de cada factor, pero, ¿en qué proporciones, con cuáles conexiones? La historia nacional comparativa de los movimientos sociales llama a los redactores de tesis doctorales.

La calificación "movimiento social" tardó algún tiempo en cristalizar. Al principio, prevaleció la idea de un solo Movimiento -die Sozialbewegung, construido en torno a la acción colectiva de los trabajadores progresistas-. Más tarde, en el siglo XX, los sociólogos que tenían dudas con respecto a la unidad e inevitabilidad del movimiento popular multiplicaron sus referentes, tratando las campañas a favor del sufragio para la mujer, la abolición de las bebidas alcohólicas, la reforma escolar y otros objetivos recurrentes de la acción colectiva popular, como sendos movimientos diferentes, posiblemente vinculados, pero indudablemente distinguibles. El movimiento laboral continuó proporcionando el modelo fundamental, implícito o explícito, de los movimientos sociales en general, pero las relaciones y diferencias con el movimiento laboral llegaron a preocupar a los analistas de los movimientos sociales. Este razonamiento, tal como ha sido tipificado por autores como Rudolf Heberle, reflejaba fuertemente las autopresentaciones de los activistas de movimientos. A raíz de ello, los movimientos sociales entraron a la literatura sociológica en un amasijo de sofisticación, concreción y mitología históricas. El esfuerzo para generalizar de un movimiento social a otro perpetuó la idea errónea de los movimientos sociales como grupos que tienen historias vitales continuas. Todavía no desaparece esta confusión.

¿Por qué? La adopción del vocabulario de los movimientos sociales implica una cierta compasión para con sus demandas, una cierta tolerancia para con sus estrategias; aun hoy en día, los verdaderos opositores a las exigencias de los movimientos sociales, de manera característica, adoptan más bien la concepción decimonónica de la acción multitudinaria como una respuesta irracional, inmediata, e ineficaz a las tensiones provocadas por el cambio social o a una privación temporal. Esa empatía por los movimientos sociales facilita la aceptación tanto de sus medios escogidos, como de sus autorrepresentaciones; efectivamente, mucha sociología de los movimientos sociales consiste en prestar las voces académicas más prominentes a las personas y a los programas que carecen de representación en la literatura existente. Yo mismo he escrito algunos análisis en este estilo de "explicar y justificar" (por ejemplo, Tilly, 1969).

He aquí el problema: los movimientos sociales se plasmaron como formas establecidas de acción en un entorno paraelectoral y paraparlamentario y todavía ostentan las marcas de ese entorno. Como lo entendieron a medias sus inventores, las acciones de los movimientos sociales y las construcciones sociales se opusieron contra las objeciones que las clases dominantes y las autoridades esgrimían comúnmente a las exigencias incómodas de las personas que carecían relativamente de poder: que eran un puñado de

descontentos, que la mayoría de las personas de su categoría discrepaban con ellos, que ya contaban con formas adecuadas de desagravio, que sus acciones ponían en peligro el orden público, que los manipulaban personas sin escrúpulos que anhelaban tomar el poder, que pedían concesiones imposibles o destructivas... Mientras más los vehículos de tales juicios eran funcionarios nacionales, más numerosos eran sus rivales que podían aliarse con los retadores, basados en el principio del "enemigo de mi enemigo", y mientras más había miembros del público que tenían ellos mismos un interés en el derecho de recusar y de ser oídos, más crucial y efectiva era la impugnación de esos juicios negativos.

A diferencia de saquear la casa de un funcionario o de ahorcar a un ministro en efígie, las tácticas de los movimientos sociales respondían a las acusaciones de manera elocuente:

- \* somos muchos;
- \* nosotros (o los objetos de nuestra solicitud) somos dignos;
- \* estamos de acuerdo entre nosotros y con los objetos de nuestra solicitud;
- \* estamos decididos y somos disciplinados y legales.

Al igual que en el caso del arribo a elecciones parlamentarias por parte de muchas personas bulliciosas que no pueden votar, pero que son adeptas a un partido determinado, la exhibición de magnitud ponía en tela de juicio la alegación por parte de las clases dominantes de que ellas representaban de manera adecuada a la nación, y comunicaba la amenaza implícita de represalias contra los transgresores de la voluntad popular. La exhibición de unidad, determinación, disciplina y legalidad reforzaba el reto, al declarar que los disidentes eran una fuerza que había que tomar en cuenta, una fuerza a la disposición de la propia voluntad colectiva, una fuerza que permanecería dentro de los conductos legales siempre que las autoridades estuvieran dispuestas a negociar, pero que podría muy bien recurrir a la creación de medios antiparlamentarios, a la acción directa contra los malhechores individuales o incluso a la insurrección abierta. De ahí la tenacidad con la que las autoridades buscaban contener algunos movimientos sociales particulares y los medios de su acción.

De esta confrontación recurrente surgió un tipo de tarjeta para anotar los puntos logrados por las campañas de los movimientos sociales: los activistas, los observadores, los opositores y los objetivos de las demandas empezaron, mal que bien, a coincidir en que los movimientos sociales requerían de la atención pública como función de un múltiplo:

#### MAGNITUD X DETERMINACIÓN X UNIDAD X MÉRITO

Si cualquiera de los cuatro elementos se reducía a cero, el movimiento perdía su posición como fuerza política. Cada elemento adquiría sus propias formas de evidencia: la magnitud por el número de participantes en las manifestaciones o de firmantes de los pliegos petitorios; la determinación por la disposición de los partidarios a sacrificarse o a luchar por la causa; la unidad por compartir símbolos y consignas; y el mérito por el decoro y por las historias de sufrimiento, y por mucho más. Una historia creíble de larga duración, además, podría consolidar cualquiera de los elementos: muchos partidarios que habían mantenido su determinación, unidad y mérito durante varios años de lucha, valían más que un número equivalente que se presentaba por primera vez. Por ende, existían incentivos adicionales para afirmar que había una afinidad con los movimientos sociales que desde hace mucho tiempo estaban latentes y con triunfos anteriores. Un elemento podía compensar otro: un movimiento de magnitud reducida podía exhibir una inmensa

determinación y unidad, mientras que unas cuantas víctimas inocentes de la represión podían elevar el valor del mérito, y por tanto, el impacto global de un movimiento que en otras condiciones hubiese sido endeble. El marcador implícito sigue teniendo validez hoy en día, pues el terrorismo y la autodestrucción espectacular son la estrategia característica de los segmentos pequeños dentro de los movimientos fragmentados, y las asambleas enormes y breves o las declaraciones públicas son las estrategias preferidas de numerosos retadores cuyos miembros tienen una determinación y unidad inciertas.

Clasifiquemos las poblaciones relevantes minuciosamente. Ningún movimiento social opera sin hacer referencia a por lo menos tres poblaciones:

1. Los que detentan el poder, que son los objetos de las reclamaciones; reclamación mínima si se tolera la existencia del movimiento.
2. Los activistas, que varían de colaboradores menores a líderes, y que a menudo se interconectan a través de las Organizaciones de Movimientos Sociales.
3. Una población desfavorecida, en cuya representación los activistas plantean o respaldan las reclamaciones.

Existen otras poblaciones que a menudo desempeñan un papel: los detentadores rivales de poder, los activistas de movimientos sociales rivales, las fuerzas represivas, los miembros del público en general susceptibles de convertirse en activistas o enemigos, y así sucesivamente.

Los activistas no necesariamente provienen de la población desfavorecida; pueden ser ricos que actúen a nombre de los pobres o adultos que actúen a nombre de los niños, para no mencionar a los activistas que plantean reclamaciones de ayuda para los damnificados de acontecimientos del todo ajenos a sus propios países. En cambio, en algunas ocasiones los que detentan el poder sí provienen de la población supuestamente desfavorecida, por ejemplo, cuando los activistas étnicos presionan a los miembros exitosos de su misma categoría para que ayuden a los menos exitosos.

También es posible que los detentadores de poder se conviertan en activistas en algún grado, por ejemplo, cuando un presidente populista convoca a los movimientos populares para que éstos impresionen a sus rivales o cuando un funcionario simpatizante invita a una exhibición de demandas para convencer a sus colegas de que él otorga concesiones bajo presión. Por último, en algunos movimientos los activistas gastan gran parte de su energía planteando reclamaciones no a los detentadores de poder, sino a ellos mismos o a la población desfavorecida, por ejemplo, al involucrarse en ayuda mutua, al unirse a rituales o al organizar a las masas; aun se les clasifica como movimientos sociales en la medida que los activistas también exigen activamente la tolerancia o la colaboración de los detentadores de poder en sus esfuerzos.

Al reconocer, sin embargo, que las tres poblaciones se imbrican en grados variables, podemos ver la lógica de los movimientos sociales representada en la interacción entre ellos. La tarea de los activistas de los movimientos sociales consiste en constituirse como interlocutores válidos de la población desfavorecida, en maximizar su propia evidencia de su magnitud, determinación y unidad, para luego demostrar el mérito conjunto de los activistas y de la población desfavorecida. En la medida en que los detentadores de poder no quieren o no pueden conceder las reclamaciones en cuestión, se esfuerzan para reprimir la acción de los movimientos, para desmovilizar a sus activistas y para desprestigiar la evidencia de la magnitud, determinación, unidad y mérito. De ahí las frecuentes discordias públicas con respecto a la magnitud de las manifestaciones y a la

representatividad de los líderes de los movimientos. De ahí los intentos repetidos por parte de los activistas de los movimientos para representarse como un grupo solidario, con una experiencia compartida desde hace mucho tiempo y con una memoria colectiva poderosa. De ahí el esfuerzo frenético entre bambalinas para forjar coaliciones, inventar nombres de grupos, componer discrepancias, formular demandas y quejas que serán ventiladas en una ocasión particular, así como para planear las estrategias y los símbolos.

Por consiguiente, no es un gran misterio que las imágenes populares de los movimientos sociales -sobre todo aquéllas que son favorables- consideren que estos grupos son solidarios con historias naturales coherentes. La ilusión del movimiento social como grupo surge a partir del mismo esfuerzo que realizan los activistas para presentarlo como numeroso, determinado, unitario y meritorio. El concepto erróneo, proveniente de la historia natural, de los movimientos sociales, surge de la agrupación de sus actividades en el tiempo y el espacio, de la utilización de las referencias compartidas a movilizaciones y desafíos anteriores por parte de los movimientos social, así como del reclutamiento desproporcionado de activistas en entornos donde las personas continuamente están conectadas con el exterior de los movimientos sociales. El único misterio es que tantos analistas sociológicos de movimientos sociales, mismos que frecuentemente son veteranos y virtuosos de las maniobras entre bambalinas, hayan sucumbido ante su propia mistificación.

Habiendo comprendido correctamente a los movimientos sociales, nos preguntamos ahora ¿en qué condiciones podemos esperar que la proliferación de los movimientos sociales promueva la democracia? No en todas las condiciones, indudablemente: los teóricos de la sociedad de masas cometieron muchos errores; no obstante, advirtieron correctamente el potencial autoritario de los movimientos populistas que rinden culto a un hombre fuerte. Los fascistas europeos y algunos de sus primos de ultramar llegaron al poder en hombros de movimientos sociales vigorosos. Como lo indica la experiencia de muchas contrarrevoluciones de 1848 en adelante, ni siquiera los movimientos democráticos promueven de manera inexorable la democracia. Para emplear otro refrán favorito de los historiadores, obviamente esto resulta más complicado.

Pensemos en el carácter de la democracia. Si bien hoy en día todas las definiciones de democracia se prestan a la controversia, podemos abarcar una amplia gama de concepciones adoptando una definición situada entre los criterios puramente institucionales (elecciones, tribunales, etc.) y los criterios puramente sustantivos (justicia, igualdad de oportunidades, entre otros). Califiquemos como democrática a una polity (politeia) en la medida en que establezca derechos y obligaciones claros de los ciudadanos -derechos y obligaciones que-:

1. Abarquen a una gran proporción de las personas que se encuentran bajo la jurisdicción del Estado;
2. Se distribuyan con relativa igualdad entre los ciudadanos;
3. Establezcan consultas obligatorias entre los ciudadanos con respecto al personal y a las políticas del Estado;
4. Ofrezcan a los ciudadanos, incluidos los miembros de grupos minoritarios, protección contra acciones arbitrarias por parte de los agentes del Estado.

Obviamente, los criterios resultan relativos; de acuerdo con estos criterios, ninguna polity del mundo ha sido nunca democrática; es más, podría haber límites intrínsecos a la democracia, de modo que, por ejemplo, por arriba de una escala muy reducida, la

envergadura de la ciudadanía limitara el carácter obligatorio de las consultas. No obstante, los criterios sí nos permiten ordenar las polities de acuerdo con el grado de democracia y distinguir la democracia de los otros sistemas de gobierno. Resultaría razonable, por ejemplo, calificar como patriarcado a una polity que aprueba en los puntos 2, 3 y 4, pero que otorga ciudadanía únicamente a una proporción reducida de sus súbditos; como dictadura a una que cuenta con una ciudadanía amplia e igual, pero que carece de consultas obligatorias o de protección; y como patrimonial a una que no aprueba en ninguno de estos puntos.

La democratización incluye, entonces, cualquier desplazamiento significativo desde la configuración actual de la polity hacia una ciudadanía amplia e igual, con consultas que tienen carácter obligatorio y una protección extensiva. De acuerdo con tales criterios, Gran Bretaña indudablemente se democratizó entre la década de 1750 y la de 1830. A pesar de los amplios derechos y libertades garantizados localmente, y de algunas reclamaciones avaladas por el Estado -por ejemplo, las Leyes sobre los Pobres y los controles sobre el abasto de alimentos- a mediados del siglo XVIII, la mayoría de los residentes británicos vivían bajo la autoridad de nobles y aristócratas (gentry) sumamente autónomos; carecían completamente de voz en la designación de funcionarios nacionales; gozaban de poca protección contra las acciones arbitrarias del Estado -de hecho, carecían de ciudadanía en cualquier sentido fuerte del término-. Ya en la década de 1830, el sufragio se había ampliado en algún grado, las exclusiones de puestos públicos basadas en cuestiones confesionales se habían reducido de manera dramática, el principio de la representación de acuerdo con el número de habitantes había empezado a suplantar el principio de los chartered rights (derechos constituidos), las libertades de asociarse y de actuar de manera colectiva y a nivel nacional habían cobrado una fuerza considerable, y las defensas contra la acción arbitraria del Estado se habían ampliado ligeramente. Todo esto redundó en una democratización incompleta de la polity británica. En estos cambios, los movimientos sociales tales como las campañas a favor de la Emancipación Católica y de la reforma parlamentaria desempeñaron papeles significativos.

## TEXTO

En esta conceptualización de la democracia tenemos alguna razón para esperar, cuando menos, una correlación entre la democratización y la proliferación de los movimientos sociales en muchos países. Para ser más precisos, podríamos esperar una relación curvilínea: demandas en aumento a favor de la inclusión, de las consultas y de la protección por parte de los que siguen desfavorecidos, conforme se incrementa la posibilidad de inclusión, y posteriormente, demandas en declive conforme se reduce el número de aquéllos que siguen excluidos, desfavorecidos y susceptibles de ser movilizados. Además, podríamos esperar razonablemente que la forma exacta de la curva de los movimientos sociales difiera en función de la configuración anterior de la polity: una menor aceleración allí donde la ciudadanía ya era relativamente amplia e igual, pero donde las consultas y la protección eran mínimas (por ejemplo, en una dictadura populista); una aceleración mayor allí donde la ciudadanía era estrecha y desigual, pero que tenía, dentro de ese rango, consultas bastante extensivas y protección accesible a algunos (por ejemplo, en una oligarquía).

Sin embargo, la correlación no implica de modo alguno que los movimientos sociales provoquen la democratización. ¿Cuáles vínculos causales podrían existir? Ninguno es seguro. Yo planteo dos conjeturas y una advertencia. Conjetura 1: obviamente, aunque no forzosamente, los movimientos que exigen explícitamente una o varias de las cuatro facetas de la democracia, si tienen éxito, promueven la democracia. La conexión no es forzosa porque, de acuerdo con la Ley de Hierro de las Oligarquías de Roberto Michels,

los líderes de movimientos exitosos de cualquier índole que sólo buscan su propio beneficio y que fácilmente transigen, tienden a subvertir la democracia; además, ello es debido a que un alto volumen de demandas exitosas podría (como lo sugiere el análisis de la modernización política realizado por Samuel Huntington) rebasar la capacidad estatal para entregar bienes colectivos, incluyendo la protección e incluso las consultas con carácter obligatorio.

Conjetura 2: mientras más amplia sea la variedad de movimientos y reclamaciones, es más probable que se dé una ampliación de la cobertura del estatus de ciudadano y del alcance de las consultas. Mi razonamiento está encaminado en dos vías, y asume que los movimientos y las reclamaciones heterogéneos tienen mayores probabilidades de encontrar nichos no competidores dentro de la polity, y además, que la experiencia de adaptarse a una gran variedad de demandantes doblega la voluntad del Estado, obligándolo a crear instituciones que faciliten aún más la ampliación de las definiciones de ciudadanía, así como consultas más obligatorias y una protección más cabal contra las acciones arbitrarias, si no es que forzosamente una mayor igualdad. En esto, también puede darse una inundación: allí donde los grupos que ya tienen reclamaciones efectivas contra el Estado perderían visiblemente sus recursos o ventajas con la siguiente inclusión, podríamos esperar la formación de coaliciones antiinclusivas que detendrían o revertirían la democratización.

Advertencia: Incluso estos argumentos son frágiles, ya que se sostienen en las hipótesis de que 1) la capacidad de un Estado para cumplir sus compromisos frente a sus ciudadanos se incrementa por lo menos al mismo ritmo en que lo hacen sus compromisos, y 2) que en ningún momento la cada vez mayor envergadura e igualdad se traduzcan necesariamente en un declive de las consultas y de la protección. De manera reiterada los críticos de la democracia han argumentado en contra de estos dos supuestos, alegando que un Estado que todo lo hace, se convierte en un Estado que nada hace y que un Estado de inclusión se convierte en un Estado insensible y arbitrario.

Como hipótesis de trabajo, permítanme sugerir que, incluso en el mejor de los casos, la proliferación de los movimientos sociales promueve la democracia únicamente en condiciones limitadas: ocurre sólo cuando los movimientos se organizan en torno a una variedad de reclamaciones, incluyendo las demandas explícitas a favor de la democracia y cuando el Estado adquiere mayor capacidad para realizar estas reclamaciones, por lo menos a la misma velocidad a la que se incrementan las reclamaciones. Pero las condiciones de las que dependen estas condiciones también resultan problemáticas. En efecto, los teóricos de la democracia siempre han planteado precisamente estas dos preguntas: en qué condiciones la gente común exige realmente la democracia y en qué condiciones la capacidad del Estado aumenta de modo que satisfaga estas exigencias. Tal vez podamos consolarnos con la observación de que el análisis de las relaciones entre los movimientos sociales y la democratización nos lleva directamente a los principales problemas aún sin resolver en la teoría de la democracia.

CITAS:

[\*] Investigador del Centro de Estudios sobre Cambio Social, Nueva York. Traducido del inglés por Alan Hynds y Rosario May.

BIBLIOGRAFIA:

Benford, Robert D. y Scott A. Hunt (1992), "Dramaturgy and Social Movements: The Social Construction and Communication of Power." *Sociological Inquiry* 62: 35-55.

Boggs, Carl (1986), *Social Movements and Political Power. Emerging Form of Radicalism in the West*. Filadelfia: Temple University Press.

Bright, Charles y Susan Harding, eds. (1984), *Statemaking and Social Movements*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Burke, Edmund III, ed. (1988), *Global Crises and Social Movements. Artisans, Peasants, Populists and the World Economy*. Boulder: Westview.

Cardoso, Fernando Henrique, Bernardo Sorj y Mauricio Font, eds. (1985), *Economie e movimentos sociais na America Latina*. Sao Paulo: Editora Brasiliense.

Chandler, Alfred (1990), *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*. Cambridge: Belknap/Harvard University Press.

Chandler, Alfred (1992), "Organizational Capabilities and the Economic History of the Industrial Enterprise." *Journal of Economic Perspectives* 6: 79-100.

Cohen, Jean (1985), "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements." *Social Research* 52; 663-716.

Cohen, Jean y Andrew Arato (1992), *Civil Society and Political Theory*. Cambridge: MIT Press.

Conell, Carol y Kim Voss (1990), "Formal Organization and the Fate of Social Movements: Craft Association and Class Alliance in the Knights of Labor." *American Sociological Review* 55: 255-269.

Diani, Mario (1988), *Isole nell'arcipelago. Il movimento ecologista in Italia*. Boloña: Il Mulino.

Diani, Mario (1990), "The Network Structure of the Italian Ecology Movement." *Social Science Information* 29: 5-31.

Diani, Mario (1992), "The Concept of Social Movement." *The Sociological Review* 1992: 1-25.

Duyvendak, Jan Willem (1992), "The Power Politics. New Social Movements in an Old Polity. France 1965-1989." Tesis doctoral inédita en sociología, Universidad de Amsterdam. Versión corregida en imprenta en Cornell University Press.

Eyerman, Ron y Andrew Jamison (1991), *Social Movements. A Cognitive Approach*. University Park: Pennsylvania State University Press.

Favre, Pierre, ed. (1990), *La Manifestation*. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Fernández, Roberto y Doug McAdam (1988), "Social Networks and Social Movements: Multiorganizational Fields and Recruitment to Mississippi Freedom Summer." *Sociological Forum* 3: 357-382.

Franklin, Benjamin (1972, William B. Willcox, ed.), *The Papers of Benjamin Franklin*. Volume 14: January 1 through December 31, 1768. New Haven: Yale University Press.

Fuentes, Marta y André Gunder Frank (1989), "Ten Theses on Social Movements." *World Development* 17: 179-192.

Gamson, William A. (1987), "Introduction." En Mayer N. Zaid y John D. McCarthy, eds., *Social Movements in an Organizational Society*. Nueva Brunswick: Transaction.

Gamson, William A. (1990), *The Strategy of Social Protest*. Belmont, California: Wadsworth. 2da edn. Publicado por primera vez en 1975.

Giugni, Marco G. y Hanspeter Kriesi (1990), "Nouveaux mouvements sociaux dan les années '80: Evolution et perspectives." *Annuaire suisse de science politique* 30: 79-100.

Heberle, Rudolf (1951), *Social Movements. An Introduction to Political Sociology*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.

Heberle, Rudolf y Joseph R. Gusfield (1968), "Social Movements", vol. 14, pp. 438-452 en David Sills, ed., *International Encyclopedia of the Social Sciences*. Nueva York: Macmillan y Free Press.

Hirsch, Eric L. (1990), "Sacrifice for the Cause: Group Processes, Recruitment, and Commitment in a Student Social Movement." *American Sociological Review* 55: 243-354.

Hirst, Paul y Jonathan Zeitlin. (1991), "Flexible Specialization versus post-Fordism: Theory, Evidence and Policy Implications." *Economy and Society* 20: 1-56.

Klandermans, Bert (1984), "Mobilization and Participation: Social-Psychological Expansions of Resource Mobilization Theory." *American Sociological Review* 49: 583-600.

Klandermans, Bert ed. *Organizing for Change: Social Movement Organizations in Europe and the United States*. Greenwich, Connecticut: JAI Press. *International Social Movement Research*, vol. II.

Klausen, Kurt Klaudi (1988), *Konflikter, Kollektive Aktioner og Protestbevaegelser i Danmark*. Copenhagen: Samfunds Fagsnut.

Koopmans, Ruud (1992), "Democracy from Below. New Social Movements and the Political System in West Germany." Tesis doctoral inédita en sociología, Universidad de Amsterdam. Versión revisada en imprenta en Cornell University Press.

Kriesi, Hanspeter (1993), *Political Mobilization and Social Change. The Dutch Case in Comparative Perspective*. Aldershot: Avebury.

Marwell, Gerald y Pamela Oliver (1984), "Collective Action Theory and Social Movements Research." *Research in Social Movements. Conflict and Change* 7: 1-27.

Marwell, Gerald y Pamela Oliver (1988), "Social Networks and Collective Action: A Theory of the Critical Mass. III." *American Journal of Sociology* 3: 502-534.

Mayer, Margit (1991), "Social Movement Research and Social Movement Practice; The U.S. Pattern." En Dieter Rucht, ed., *Research on Social Movements: The State of the Art in Western Europe and the USA*. Francfort y Boulder: Campus/Westview.

McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zaid (1988), "Social Movements." En Neil J. Smelser, ed., *Handbook of Sociology*. Newbury Park: Sage.



McCarthy, John D., David W. Britt y Mark Wolfson (1991), "The Institutional Channeling of Social Movements by the State in the United States." *Research in Social Movements. Conflicts and Change* 13: 45-76.

McPhail, Clark (1991), *The Myth of the Madding Crowd*. Nueva York: Aldine De Gruyter.

Melucci, Alberto (1985), "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements." *Social Research* 52: 789-816.

Melucci, Alberto (1989), *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Need in Contemporary Society*. Filadelfia: Temple University Press.

Morris, Aldon y Cedric Herring (1987), "Theory and Research in Social Movements: A Critical Review." *Annual Review of Political Science* 2: 137-195.

Nicolas, Jean, ed. (1985), *Mouvements populaires et conscience sociale. XVIe-XIXe siècles*. Paris: Maloine.

Oberschall, Anthony (1973), *Social Conflict and Social Movements*. Englewood-Cliffs: Prentice-Hall.

Quadagno, Jill (1992), "Social Movements and State Transformation: Labor Unions and Racial Conflict in the War on Poverty." *American Sociological Review* 57: 616-634.

Rule, James (1988), *Theories of Civil Violence*. Berkeley: University of California Press.

Sabel, Charles F. y Jonathan Zeitlin (1985), "Historical Alternatives to Mass Production: Politics, Markets and Technology in Nineteenth-Century Industrialization." *Past & Present* 108: 133-176.

Sedaitis, Judith B. y Jim Butterfield, eds. (1991), *Perestroika from Below. Social Movements in the Soviet Union*. Boulder: Westview.

Smelser, Neil J. (1963), *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press of Glencoe.

Somers, Margaret R. (1992), "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation." *Social Science History* 16: 591-630.

Tarrow, Sidney (1988), "National Politics and Collective Action: Recent Theory and Research in Western Europe and the United States." *Annual Review of Sociology*: 421-440.

Tarrow, Sidney (1989a), *Struggle, Politics, and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest*. Ithaca: Center for International Studies, Cornell University. Western Studies Program, Occasional Paper núm. 21.

Tarrow, Sidney (1989b), *Democracy and Disorder: Social Conflict, Political Protest and Democracy in Italy, 1966-1973*. Nueva York: Oxford University Press.

Tarrow, Sidney (1993), "Modular Collective Action and the Rise of the Social Movement: Why the French Revolution was not Enough." *Politics and Society* 21: 69-90.

Tilly, Charles (1969), "Collective Violence in European Perspective." En Hugh D. Graham y Ted R. Gurr, eds., *Violence in America*. vol. I. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.

Tilly, Charles (1982), "Britain Creates the Social Movement." En James Cronin y Jonathan Schneer, eds., *Social Conflict and the Political Order in Modern Britain*. Londres: Croom Helm.

Tilly, Charles (1983), "Speaking Your Mind Without Elections, Surveys, or Social Movements." *Public Opinion Quarterly* 47: 461-478.

Tilly, Charles (1988), "Social Movements, Old and new." En Louis Kriesberg, Bronislaw Misztal y Janusz Mucha, eds., *Social Movements as a Factor of Change in the Contemporary World*. Greenwich, Connecticut: JAI Press. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, vol. 10.

Tilly, Charles (1992a), "Contentious Repertoires in Great Britain, 1758-1834." *CSSC Working Paper* 141.

Tilly, Charles (1992b), "How to Detect, Describe, and Explain Repertoires of Contention." *CSSC Working Paper* 150.

Touraine, Alain (1981), *The Voice and the Eye. An Analysis of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press.

Touraine, Alain (1985), "An Introduction to the Study of Social Movements." *Social Research* 52; 749-788.

Trossbach, Werner (1987), *Soziale Bewegung und politische Erfahrung. Bäuerliche Protest in hessischen Territorien 1648-1806*. Weingarten: Drumlin.

Walker, Jack L. (1991), *Mobilizing Interest Groups in America. Patrons, Professionals, and Social Movements*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Walsh, Edward J. (1988), *Democracy in Shadows. Citizen Mobilization in the Wake of the Accident at Three Mile Island*. Nueva York: Greenwood.

Zald, Mayer N. y John D. McCarthy, eds. (1979), *The Dynamics of Social Movements. Resource Mobilization, Social Control, and Tactics*. Cambridge, Massachusetts: Winthrop.

Zald, Mayer N. y John D. McCarthy, eds. (1987), *Social Movements in an Organizational Society*. Nueva Brunswick: Transaction.